





LÁZARO...  
EL DÍA QUE IBA A MORIR



Oswaldo Reques

LÁZARO...  
EL DÍA QUE IBA A MORIR



Primera edición: diciembre 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Oswaldo Reques

© Ilustración de portada: Valentina Araujo

© Fotografía de autor: Sebastian Reques Araujo

ISBN: 978-84-19899-74-3

ISBN digital: 978-84-19899-75-0

Depósito legal: M-35459-2023

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A Valentina, más allá de los siempre, por siempre...*  
*A Ana Cecilia, razón de millones de mis razones y mi sentir...*  
*A Sebastian, tu fortaleza y sonrisa son suficientes para seguir viviendo...*  
*A Elodie Cothenet Vessot, los pensamientos de Sofía surgieron de tus iniciativas...*  
*A Georges Goormaghtigh, impulso para muchos de mis escritos...*  
*A Jairo Debia, te lo debía por haber creído en mí...*  
*A Edith y Christian Viande, solidaridad y amistad con muchas flores y sabores...*





## Prólogo del Editor

Una «muerte democrática», en sus propias palabras, es la que nos describe Oswaldo en esta obra breve. Su protagonista, de nombre inspirador y alegórico, se las ve con el destino igualitario de todo ser humano al que «desde la procreación la muerte aguarda». ¿Será diferente en él la capacidad de afrontar de este destino infausto que todos compartimos?

El autor hace un recorrido reflexivo alrededor de la vida, los deseos, la muerte, el sexo, sin que llegue inicialmente a conclusión alguna; más bien dejando en manos del lector dichas conclusiones. Luego, Lázaro se yergue de la cama, tras unas ráfagas oníricas que barruntan muerte, y trata de afrontar el día como otro más.

La filosofía ilustrada de Voltaire, el Big-Bang, Borges, la religión; todo un pandemónium que ilustra el poder del destino, casi rememorando al mismísimo duque de Rivas y su célebre don Álvaro o la fuerza del sino.

Muy buena, por potente, la escena del padre que recibe el disparo:

«El hombre tenía a un lado de la cabeza un rojo que declinaba hacia negro y que se suponía era un agujero en la sien y su sangre había salido a borbotones, mientras el cuerpo, mecánicamente, parecía que buscaba aire para intentar sobrevivir, ese movimiento

que es exactamente igual a quien se ahoga en el agua, dando como golpes en todas direcciones, tratando de agarrarse del agua, del aire, para no hundirse, como si fuera inconsciente de que el cerebro ya se había detenido al haber sido desestructurado y yaciendo partes en el pavimento por doquier, incapaz de pensar, de estructurar tan siquiera una mínima acción coordinada, más allá de lo que parecían arrebatos corporales instintivos».

Queda de manifiesto, nuevamente, la idea de la vida como algo efímero a lo que no concedemos el valor que posee, embelesados por los deseos y arrollados por la rutina.

Con predominio importante de la narración sobre el diálogo, precisa de este último en la justa medida y en momentos decisivos, lo que facilita el mensaje filosófico de la narración por encima de disquisiciones dialogadas que pudieran menoscabar la esencia del texto. Narrado en tercera persona, casi se trata de una primera persona por lo bien que se ajusta la voz omnisciente a la conciencia del propio Lázaro.

Una obra profunda aunque accesible a cualquier lector que disfrute con la interpretación de aspectos tan vitales como la propia muerte y toda la carga filosófica que conlleva. Un viaje, en tercera persona, al interior de una vida tan sencilla y a la vez tan esencial como nuestra propia vida.

LUIS C. FOLGADO DE TORRES  
EDITOR GENERAL DEL GRUPO CAUDAL

*¿Qué Dios detrás de Dios la trama empieza de polvo y tiempo y sueño y  
agonía?*

Poema «Ajedrez», Jorge Luis Borges

## I

El día en el que Lázaro iba a morir se levantó como cualquier otro, porque eso era, cualquier otro, a fin de cuentas para él no era más que una nueva jornada igual que para el resto de las personas cuando se paraban de la cama en la mañana para comenzarlo, pues a pesar de que la muerte nos acompañaba desde el mismo momento en que éramos procreados, solíamos dejarla a un lado como si nunca fuese a ocurrirnos, eso era para los demás, no para nosotros y menos para los nuestros, simplemente estaba negado de plano, al igual que todo aquello que pudiese producirnos dolor.

Por supuesto mientras esto era lo que surgía en nuestras mentes, la realidad era otra cosa que nos sorprendía sin clemencia a cada paso, literalmente hablando y sin ningún tipo de eufemismos nos escupía en la cara a cada segundo lo vulnerables que éramos y las situaciones que debíamos enfrentar, entre ellas claramente, la muerte, la compañera inseparable de la vida, porque no podía existir una sin la otra, ambas se retroalimentaban, se amaban y se odiaban, un matrimonio verdaderamente perfecto y para siempre, como se había establecido desde el siglo XIX, eso que desde entonces y hasta nuestros días se había conocido como el amor romántico.

Parecía ser una práctica muy humana creer que con ignorar las cosas iban a desaparecer por sí solas, pero un día, el menos esperado, retornaba el problema con toda su furia y nos estallaba enfrente, tal como pasaba con la muerte que tenía la manía de presentarse sin ser invitada y sin poder nadie esconderse de ella, pues sus deseos de vida parecían no saciarse nunca, un hambre permanente, una especie de gula insaciable, si es que pudiese utilizarse tal tipo de redundancia cuando se hablaba de uno de los pecados capitales, que por eso mismo, nunca se sentían conformes, satisfechos, a gusto con lo que obtenían, inagotable era su marca, su esencia, una gula mortal, fatal, interminable, imparabile, imposible de compensar o complacer.

Se podría entonces decir que la muerte sufría de gula, de gula permanentemente por vidas, de todas las formas, tamaños, colores, una especie de Drácula sedienta de sangre y a veces sin necesidad de susto y menos erotismo, tampoco requería de la oscuridad, no le temía ni sufría con ningún tipo de climas, menos con el sol tropical y si acaso se le presentaba algo en forma de cruz para repelerla, simplemente lo cruzaba y nos alcanzaba cuando había decidido que era nuestro momento, que nuestro tiempo se había agotado, que era el fin del camino, a su reloj nunca se le acababa la pila, siempre tenía baterías recargables, quizás solar, en su calendario no existían días de fiesta, años bisiestos y menos cumpleaños.

Ese comer insaciable no le producía obesidad, ni diabetes, tal vez la muerte era bulímica, vomitaba para no engordar, para seguir con la habilidad y la suavidad que le permitía presentarse en cualquier lugar y a cualquier hora para llevarse lo que sentía que era suyo, porque la propiedad, además de un hecho concreto, había que demostrarla y tener el sentido de pertenencia y disposición, aquello que se llamaba el deseo de poseer y poseerlo como si fuese de uno, no solo que pareciera, sino que fuera, pero en este caso, sin ningún erotismo, a veces sí, penetración, pues, porque en ocasio-

nes para poseer, había que penetrar, pero no toda penetración era una posesión y menos una posesión era una penetración.

La muerte se caracterizaba por ser totalmente democrática o quizás dictatorial, al final iban a parecerse, no respetaba estatus sociales, edades, procedencias, tamaños, rangos, clases, castas ni tiempo, así que podía aparecer en cualquier momento sin aviso, ni protesto como decían las letras de cobro mercantiles, simplemente su poderío le permitía poner a un lado las mínimas reglas de la educación y llegaba cuando y como le daba la gana, en la mayoría de los casos sin invitación y lo peor es que si uno llegase a saber de su sobrevenida visita, lo más seguro es que se le trataría como a una reina, haciéndole todos los honores posibles e imposibles, esas cosas tan extrañas y difusas que era capaz de producir el poder, incluso si era usado en contra de nosotros y a veces de los nuestros, aquello de que toda esclavitud creaba amor, pareciendo una contradicción, pero eso era la vida, pura dialéctica que garantizaba el movimiento, el continuar, el no parar sin cesar la permanente confrontación por el solo hecho de existir así fuese con la curva del tiempo que nos envejecía a cada instante sin darnos cuenta, pura resistencia.

Lázaro pensaba muchas veces en la muerte, quizás había sido marcado con ella desde el mismo momento en que decidieron ponerle ese nombre, se extasiaba imaginando qué pasaba cuando la chispa de la vida se apagaba y terminaba casi siempre concluyendo lo mismo: nada, simplemente comenzaba el deterioro del cuerpo o su cremación si así lo querían los deudos.

Esto lo hacía sonreír porque estaba seguro que eso de deudos venía de lo costosos que eran los actos funerarios y, claro, todo el que tenía que asumirlos quedaba en la «mamasón», es decir, lleno de deudas, facturas, desdicha, en conclusión todos aquellos que subsistían eran los deudo(re)s.

Estos pensamientos sobrevenidos y repetidos le colocaban siempre a Lázaro una sonrisa involuntaria en los labios producida por la vanidad de algunos seres, quienes sentían haber sido tocados por los dioses y sin embargo sus cuerpos sufrirían la misma descomposición, deterioro y pudrición del resto y si querían evitarlo la cremación era una opción, igual que la de todo del mundo, no podían escapar de esas dos posibilidades: comida de gusanos o brasa para las llamas como una parrilla argentina: en eso tenían razón las Sagradas Escrituras: «del polvo venimos y en polvo nos convertiremos», y eso también eran las cenizas de la cremación: polvo capaz de volar y mezclarse con todo en su camino como caspa persistente que se marcaba, distinguía, sobresalía en la ropa negra.

Claro, seguro que del polvo veníamos, del que echaron nuestros padres para procrearnos y al polvo iríamos, porque nada se resistía a ese elemento que se colaba por doquier y se posaba en todas las superficies por más que se trataba de evitar aun sin ser invitado, al igual que la muerte, conclusión: polvo y muerte estaban hermanados por su capacidad de estar en todas partes, en todo momento y sin nunca ser invitados y siempre siendo evitados.

Ambos sufrían de la mala educación crónica, quizás esa que se afianzaba tanto con el poder desmedido, resistiéndose a las múltiples posibilidades que existían hoy en día para comunicar que pronto se presentarían y todo el tiempo con la intención de incomodarte y matarte. Claro, también había polvos que mataban, si lo sabían los enamorados y yo... que también lo había estado..., polvos, polvos, polvos...

Ya antes faraones y otros poderosos intentaron la momificación, pero la carne que era débil y lo sigue siendo ¿y cuánto?, como bien lo demostraban los polvos que nos dieron la vida, recorría permanentemente el mismo camino de la destrucción y corrup-

ción desvaneciéndose como una hoja de papel vieja, de árbol en otoño, como la nada que se llevaba el viento, como el todo que devenía en nada, para comenzar ese proceso interminable de volver a ser todo, distinto, pero todo al fin y como la nada, para un nuevo comienzo a partir de ese final.

Algo que no dejaba de darle vueltas en la cabeza a Lázaro era que si bien los seres humanos tomaban decisiones a cada momento, el existir y dejar de hacerlo, excluyendo el suicidio, eran hechos en donde no se participaba, donde la voluntad no tenía ningún significado, éramos excluidos, cero democracia, cosa rara que tenía la vida que te demandaba permanentemente responsabilidad en tus actos para poder extender el tiempo de existencia y sin embargo, cuando te la daban y te la quitaban, nada tenía que ver contigo, ni con formas y solo con hechos concretos que se diferenciaban en un simple estar y no estar.

Eso de estar o no estar ya lo había dicho un tal Shakespeare, pero como había sido en inglés, sonaba y significaba diferente, así que podía tenerlo como algo propio, pues aquel había señalado «to be or not to be» y como el verbo en inglés para estar y ser era el mismo, es decir, para lo permanente y lo transitorio, bien podría haber dicho «ser o no ser» o «estar o no estar», que para el caso era lo mismo, pero para él no lo era, ni para el castellano tampoco.

Por lo que Lázaro se sentía o quería sentirse pleno de creatividad, aunque lo que hacía que se sintiera como tal era la capacidad que tenía de andar por la vida pensando pendejadas que le permitían hacer más llevadera su existencia, que a decir verdad, nada fácil había sido, pero su permanente buen humor todo el tiempo era su mejor compañero para sobrellevar lo que se le había presentado, como simplemente lo que era también para los demás: cada segundo un reto por perpetuar la existencia y aunque lo hiciese y fueses exitoso, igual se iba agotando en cada instante.

La existencia era ese permanente camino hacia la nada, hacia el fin, ese tic-tac incesante que indicaba que se agotaba tu cuota de participación en esas acciones denominadas vida y sin poder renovar la concesión, de un solo uso, no renovable, siempre hecha en original y definitivo cada acto.

Tal vez por Lázaro entender lo efímero de la vida, lo poca cosa que era, parte de un simple proceso físico-químico de permanente fusión y separación de partículas, átomos con su neutrones y demás «ones» que los componían, disfrutaba al máximo de cada respiro, de la posibilidad de caminar, sentir el viento en su cara y dar siempre esa cara ante las circunstancia para afrontarlas, nunca evadir nada, siempre asumir.

Lázaro tenía una fuerza interior que surgía como un magma de energía inacabable y con ello trataba de sacarle provecho al máximo a la posibilidad de seguir respirando, viendo, sintiendo, amando y odiando, porque hasta con el odiar se podía disfrutar sin necesidad de que la cólera llenara con sus necesidades la atmósfera, el negarlo era un lugar común que se había establecido en la sociedad y al negarse se confirmaba su existencia.

A veces él pensaba cómo habría sido procreado, un buen polvo, efecto de la rutina, un hacerlo por compromiso, habría finalizado en un gran orgasmo, claro, para ese tipo de preguntas jamás tendría respuestas, aunque hubiese conocido a los autores, pero incapaz de preguntarles y quizás ni se acordaban o no sabían cuándo había ocurrido lo que ocurrió y en él se transformó, así que se quedaba con la idea de que había sido la tirada del siglo para sus padres, inolvidable, irrepetible, con cuatro orgasmos, ese cuatro que marcaba su vida y él así lo quería porque le gustaba el cuatro, ese número que supuestamente contenía a todos los demás porque era perfecto, de hecho había un dicho que decía que «a la tercera va la vencida» y él agregaba «y a la cuarta la perfección»... y entonces se aseguraba a sí



mismo que él era el resultado de la gran tirada del siglo, qué siglo, un carajo, la mejor desde que se habían comenzado a integrar en uno óvulos y espermias para que existiesen los seres humanos, él era algo así como un patrimonio de la humanidad que debía cuidar no solo por él, sino para el disfrute de los otros, los argentinos simplemente se quedaban pendejos, pensaba, y terminaba muerto de la risa con tantas banalidades que cruzaban por su cabeza...

Sin embargo cuando dejaba a un lado la vanidad que lo hacía feliz por un momento, terminaba sospechando que lo más seguro era que no, que ese polvo había sido casi una masturbada apurada y asistida mientras quizás su mamá veía la televisión y su papá juraba que se la comía conduciendo a aquella yegua bravía, quien al sentir dentro los latidos de su padre, simulaba un gemido para hacerle creer que era grande y glorioso y así la dejaba estar tranquila y no perderse el capítulo de cualquier cosa que estuviese viendo en la tv, mientras él se ahogaba en su propio sueño por la fantástica labor que creía haber cumplido.

Los hombres estaban obligados a cumplir aunque fuese en su imaginación, que casi nunca se correspondía con lo que la mujer sentía, pero pensándolo bien, quizás viceversa pasaba lo mismo, pero era mejor que dejásemos la filosofía del sexo, porque no era de esto que iba el cuento, sino del día en que Lázaro se levantó de la cama y no sabía que su vida hasta aquí llegaría, que se moriría... finalmente y como epílogo, y quizás la acabada del papá había sido no durante un capítulo como ya dijimos de cualquier cosa, sino de una marca de margarina, aceitosa, grasosa, anhelando parecerse a la mantequilla, sin nunca lograrlo...

Sonreía otra vez al pensar que se había salvado en todo caso de una masturbada del padre, esas que tenían consecuencias fatales para millones de potenciales seres que quedaban estrellados contra una cerámica, interior, cobija, mano o cualquier cosa sin importar nada quién fuese ese padre, su religión, creencias, procedencia o clase social.

Las masturbadas de las madres en cambio no tenían ese poder de muerte, eran, si pudiese decirse, sin bajas en el campo de batalla, a pesar de la gran cantidad de adrenalina y endorfinas que producían, cero daño colateral.

Conclusión: todo padre era asesino de aquello que nunca fue y terminaba sonriendo al constatar que esa era la razón por la cual no había nadie mejor para matar los planes y esperanzas que se nos ocurrían que los papás, a quienes frecuentemente les venía como primera impresión de cualquier cosa que se les contase el «no lo creo, no lo veo, no será posible».

Claro, esto cambiaba luego de la procreación cuando ya el ser en gestación estaba en el vientre materno, allí las posibilidades de eliminar eran solo y nada más del lado de la madre, quien podía decir y decidir si quería proseguir o no con el embarazo, pero esto siempre tenía implicaciones dolorosas, fuera cual fuera la decisión y en el caso de los padres gozosos, segunda conclusión del proceso de procreación: madres llorosas, padres gozosos en cuanto al ser o no ser de aquel que aún nada era y entonces ese señor Shakespeare ya mencionado volvía a la cabeza con su «to be or no be», es decir, tenía o no tenía al muchacho.

Lo cierto era que un día te dabas cuenta de tu existencia, de tu estar, de ser eso que eras o suponías ser, te conocías por primera vez (aunque algunos nunca lo lograban y se les iba la vida intentándolo), y a partir de allí y poco a poco comenzabas a procurar preservarla, preservarte por instinto, pasando mucho tiempo hasta que en determinado momento entendías o creías entender lo que era la muerte, aunque ella te había etiquetado antes del primer suspiro sobre la tierra, antes de tener forma humana, antes de ser nada... es que era la nada..., pero por lo menos Lázaro llegaba a una conclusión sobre ella, pero en el caso de la vida, ¡no!, no había manera de saber qué era, ni para qué, ni el porqué, incluso si se

aceptaba que éramos uno más de la existencia, nada más que para cumplir una función como depredadores para la naturaleza, entonces la verdadera diosa y no dios, en masculino, era la naturaleza, todo se hacía en función de sus necesidades y ella era quien decidía si estabas o no estabas, el cuándo, el dónde, el cómo, por qué y por cuánto tiempo, pura filosofía natural.

Tercera conclusión, fuimos creados por una diosa y no por un dios y por eso era tan complejo e incomprensible toda la vaina, pues como las mujeres pasaban gran parte de su vida tratando de conocerse, encontrarse y saber quiénes eran, cosa que no pasaba por la cabeza de casi ningún hombre, quienes simplemente eran y estaban, Shakespeare otra vez en castellano, entonces los seres humanos éramos presas de las incógnitas y humores de la madre naturaleza que seguía tratando de entender el porqué de su ser, conociéndose y reconociéndose, y como este proceso era siempre de adjuntar y deshacerse de algo, nosotros, como todo aquello que gobernaba, a veces estábamos y otras veces éramos desechados y ya no estábamos y sin derecho a reciclaje, otra conclusión: latas, cartón, plástico, tenían derecho a la reencarnación, a una segunda, tercera y más vidas, nosotros... no, valíamos menos que la basura, sin posibilidad de repetición, una sola vida que se hacía en original sin alternativas de bocetos para su mejora, ni borradores que desechan y así como un retornado todo volvía a la nada del principio que era el final.

Lázaro estaba seguro de que lo primero que venía con la existencia era conocer el dolor, quizás la sensación más presente, inmediata y permanente en nuestras vidas y al que se quería evitar a toda costa y que en muchos casos, por su persistencia, obstinación y forma desalmada de ser, la muerte podía convertirse en una solución para él, un alivio, un descanso, pues eso hacía el dolor, no daba tregua, agotaba irremediabilmente hasta la exasperación, cambiaba la personalidad al destrozar totalmente el humor y se

nutría con el desasosiego de aquel a quien torturaba y atacaba sin clemencia, parecía entonces evidente y claro que el dolor producía más dolor, era una fábrica perfecta de sadomasoquismo que se retroalimentaba consigo mismo, una especie de gangrena que iba consumiendo todo aquello que previamente destruía, aunque al hacerlo fuese su propio fin.

Pero peor aún era el miedo al dolor, porque sin sentirlo en muchas ocasiones, la sola posibilidad de su presencia, de padecerlo, producía igualmente dolor, acompañado de angustia, desequilibrio, malestar total, tener miedo al dolor era peor que él mismo, pero no sentir miedo era a su vez sinónimo de patología mental, falta de empatía, ir en contra del instinto de supervivencia, es decir, todo un entramado bien montado del cual era muy difícil escapar y asimismo el miedo y el dolor paralizaban generando la adrenalina suficiente para salir de situaciones límites, dos extremos que se tocaban y acariciaban permanentemente, pero la verdad todo esto era para terminar loco y así podíamos comprender las histerias recurrentes de Freud, quien había tratado de entenderlo y, peor aún, explicarlo.

\*\*\*

Lázaro se quedó un momento sentado en la cama que yacía sola, con las arrugas típicas de quien había estado y ya no estaba al otro lado, esas que por alguna razón producían ternura, como si representasen el alma de a quien se amaba, como si ahí estuviese su presencia, sus aromas, la esencia de su ser.

Allí solo en el borde del colchón le vinieron las imágenes de su sueño un poco antes de despertarse, era raro, porque manejaba por una carretera de montaña en buenas condiciones que no reconocía, el lugar era húmedo y estaba frío.

Él iba solo no sabía a dónde, tampoco en qué lugar se encontraba, solo estaba concentrado en conducir en una vía que parecía riesgosa y más estando mojada, a un lado pudo ver algo que llamó su atención, era como una lápida, pensó que era parte de su imaginación, pero más adelante las tumbas se multiplicaban, estando no a la vista, pero tampoco escondidas.

Lázaro se salió de la carretera y se paró a un lado, penetró hacia el bosque frío y solitario y vio que era como un cementerio, tumbas cuidadas en perfecto mármol blanco, con el nombre de quien allí reposaba, bellamente mantenidas, de lado y lado se podían observar, nada que pudiese producir miedo, más allá de la soledad y el compartir con los restos de aquellos que una vez fueron y ya no eran.

En ese cementerio improvisado, pero bien cuidado, sintió un ruido, ahora sí se asustó al ver a un perro negro y grande que se acercaba, el pánico se apoderó de él, pues el carro estaba muy lejos para ser una opción que le sirviese de protección, así que optó por la otra: ser amable y a cambio recibió la necesidad de socializar del animal. Sin embargo, el perro seguía produciéndole temor porque

tenía ese comportamiento típico de aquel que cuidaba algo y venía a ver quién era el intruso.

Un escalofrío con sudor recorrió todo el cuerpo de Lázaro, él pensó que era parte de la humedad, pero en el fondo reconocía que estaba asustado ante aquella presencia de tumbas recientes, blancas, perfectas que se iban reproduciendo a ambos lados de la carretera y que estaban impecables en medio de esa nada.

Cuidó sus movimientos para no incomodar al animal y este lo observaba sin agresividad, pero con permanente atención... de repente ya Lázaro no estaba al lado de las tumbas ni del perro, sino que conduciendo había pasado un puente, por debajo discurría un río furioso, marrón por la tierra que arrastraba en su gran crecida, se salía de su cauce y trataba de subir por los bordes, laderas y piedras de la montaña, como hacían los gatos cuando daban la impresión de que caminaban en contra de la gravedad por una pared.

Lázaro no pudo ser indiferente a la furia de aquel río que traía las aguas por horas de lluvias, tan marrones como nunca las había visto antes y por alguna razón y sin explicación le producía un gran temor, angustia, desolación mirar tanta violencia que avanzaba hacia alguna parte que él desconocía, volteó y había gente del lugar mirándolo, como quienes no entendían qué era lo que hacía y cuándo se disponía a continuar, se despertó...

Al despertar tenía sensación de desasosiego por el extraño sueño y recordó cada una de sus partes con tanta claridad que se quedó pensando si algo significaría: tumbas; perros negros; río bravo con aguas de lluvia subiendo por los muros de contención prometiendo desbordarse... simplemente sintió que las imágenes no le habían gustado y decidió finalmente ponerse en marcha para enfrentar un nuevo día, en su caso, aunque no lo sabía, el último. Si hubiese sabido lo que no-

sotros conocíamos, hubiese estado seguro que esas imágenes oníricas eran la ratificación de lo inevitable.

Cuando Lázaro estaba ya lavado y vestido se fue a la cocina y se encontró con su esposa, quien al saludarlo le metió en la boca un pedazo de manzana que acaba de cortar y eso era sinónimo de que estaba de buen humor, él respondió con un beso dulce en la mejilla y una apretada suave en una nalga porque sencillamente y como explicación absolutamente animal, su culo lo mataba del gusto y sentía un placer absoluto en agarrárselo, amasarlo y amarlo, nunca supo si para ella también era así de rico el jugueteo que él hacía y compartía ese placer como una complicidad entre ellos o era solo tolerancia al entender que a él le encantaba y a ella no le molestaba, esas cosas que a veces permitía el amor y, por qué no, la convivencia, pero ya no tendría tiempo de saberlo, estaba a punto de partir y probablemente sin retorno a ese hogar que lo hacía sentir seguro y confortable, era su zona de confort como se decía ahora, en donde las frases hechas se reproducían como forma de demostrar que se estaba al día con las informaciones que corrían por doquier, por más banales que pudiesen ser, había que adoptar la manera de hablar, cosas como que ya no se decía que una persona era parte de un grupo, sino de un «colectivo», según quería hacerse entender, comprender y darse a conocer una agrupación, pues era casi una acción de inercia, un colectivo de sinergia, donde se compartía algo serio, nunca «superficial»... y si usted quería agregarle a ese grupo, cualquiera que él fuese, la letra que creía compartir y representaba todas sus expectativas, que lo identificaba y como la no discriminación lo era todo y por eso mismo terminaba siendo nada, no podían impedirle adjuntarla, ante la posibilidad de que usted pudiese ser víctima de un «fogo», es decir, si usted planteaba que quería agregar la z al colectivo y se le decía que no, entonces era discriminado y víctima de los «zetáfogos» y así indefinidamente hasta darle varias vueltas al alfabeto en un nombre que era supuestamente para identificar y facilitar, pero que terminaba perdiendo su esencia finalmente porque nadie podía tan siquiera pronunciarlo.

Por lo que un grupo o colectivo podía competir con el alfabeto completo para identificarse, pero al final como era más difícil que una simple palabra, nadie podía nombrarlo, identificarlo y se les terminaba diciendo de cualquier forma, cosas de lo muy específico, que se pierde en la generalidad de la incompreensión, pues mientras algo es más concreto y sencillo, suele ser más inteligente y accesible.

La esposa de Lázaro era una verdadera lotería e iba de un extremo al otro con su humor, como si la posibilidad de término medio no existiese en su código personal de comportamiento, diccionario, libro o lo que fuese, tal como el interruptor de la luz: prendido o apagado.

Por ello, siempre había que acercársele como se hacía con los gatos, poco a poco, hasta ver cuál era la reacción del momento, sin seguridad de que pudiese haber cambiado en el trayecto e inmediatamente apareciese su felino carácter y terminabas todo rasguñado por andar buscando un beso.

Además, igual que el gato, indignada, como si habías acabado con ambas, paz interior y exterior, y generalmente se marchaba, partía y tú quedabas sin entender nada y mejor, porque si preguntabas o intentabas responderte a ti mismo, se te podría ir la vida en ello, al ser seguro que no había respuesta y si hacías la pregunta otra vez, aparecía el detestable «nada».

Simplemente era imposible tener un manual de instrucciones con o para ella o quizás sí, tan fácil como comprender el cambio permanente, siendo el método a seguir para poder o tratar de convivir a su lado, estar seguro que nunca nada era seguro, como un programa de computadora que se actualizaba permanentemente y además en plena mitad de un trabajo que debías entregar hoy mismo o idea irrepitible para tu cerebro en un acto de creación



absoluta, te anunciaba que debía reiniciarse y sin esperar respuesta lo hacía y veías como en esa pantalla que se iba apagando sin posibilidades de detener, se esfumaba y difuminaba también, todo lo que habías hecho y quedando solo en tu mente un «coño de su madre a esta maldita computadora», acompañado de la más profunda resignación y esperando que se encendiese nuevamente para ver qué había quedado de lo que tenías, por lo general, nada, ni rastros, solo el recuerdo de lo que pudo ser y no había sido y ya nunca más sería, como si del amor de tu vida se tratase.

Cosas que se aprendían con la convivencia, aunque esta eternamente era un misterio, al igual que las personas o quizás no, sino que a veces nos centrábamos más en lo que decían que en lo que hacían y por eso cuando menos esperábamos, éramos sorprendidos con situaciones que no habíamos previsto o pensado que pudiesen pasar, siendo por lo general que lo menos pensado era lo más recurrente en nuestras vidas, pero nos negábamos a aceptarlo porque estábamos convencidos de que nuestro cerebro y sus razonamientos eran capaces de dar respuesta a cualquier incógnita, vanidades de nuestra especie marcada por la razón y con muy poco espacio para la intuición, que él estaba convencido provenía del cerebro también, pero a la que no teníamos acceso con las palabras y por eso no éramos capaces de entenderla y la ubicábamos en el corazón: «tuve una corazonada», finalmente con esta idea se daba cuenta que él también estaba marcado por la razón, porque hasta la intuición la identificábamos como parte de ella, trampas de las que no se podía evadir, como cuando las frases hechas que parecían geniales, pero absurdas totalmente y de eso estaban llenas las agendas pronunciadas por supuestos genios «no me arrepiento de lo que hice, sino de lo que no he hecho», aplausos, pero pedazo de imbécil, si te arrepientes de lo que no hiciste, te arrepientes de lo que hiciste, pues una cosa llena el espacio de la otra, ¿o pretendías tener dos vidas por el precio de una?

El latín había decidido definir a los seres humanos con el término *persona*, que significaba máscara usada por un personaje en el teatro, estos a su vez lo habían tomado del etrusco y su origen se remontaba a los griegos, por aquello de que nos cambiábamos según las situaciones y circunstancias, múltiples personas en una, y Lázaro creía que las palabras cooperaban mucho con hacer que viéramos en la gente lo que ellos decían y no lo que eran y por eso nosotros mismos servíamos la mesa para que otros nos manipulasen y viceversa, con dos expresiones que iban a estar constantemente presentes: «tú dijiste», «yo dije» y el resto de declinaciones que esas frases pudiesen aceptar, gracias a esto seguían existiendo brujas y adivinos a los que la gente acudía para que le resolviesen los problemas, ellos ponían atención a lo que les explicaban los crédulos y luego se lo devolvían como una visión clara de lo que les pasaba o pasaría, visionarios del futuro, maestros del porvenir y genios de la manipulación.

Parecía que la palabra como símbolo hubiese desplazado nuestra esencia, como si realmente el «yo o el tú» fuera lo que decías, lo que quedaba desvanecido cuando convivíamos o conocíamos a los animales, que tenían personalidades distintas y carecían de la palabra, por lo menos de las que nosotros teníamos, que cuando eso pasaba, para nuestra especie no existía.

Quizás un ejemplo más fácil era como aceptar que una persona muda no tenía personalidad, creencias, posiciones, argumentos. Simplemente la palabra se había entronado en nuestras vidas y como se decía: «somos esclavos de lo que decimos y dueños de lo que callamos», aunque a veces tan siquiera sabíamos qué callábamos, menos qué decíamos, debido a que las palabras como todo sonido se las llevaba el viento y se iban elevando hacia el infinito celestial que las acogía por siempre en la eternidad del cementerio de los sonidos, esa gigantesca chivera, picadero, trastero.